

"La poesía es la última religión que nos queda": Eugenio Montejo

ADRIANA VILLEGAS BOTERO¹

Presentación

Entre el martes 13 y el sábado 17 de octubre de 1998 se celebraron en Manizales los VI *Nuevos Juegos Florales*, encuentro de poesía organizado por el escritor y periodista Orlando Sierra Hernández, asesinado tres años después. Los recitales de poesía, conferencias y eventos académicos realizados en la desaparecida *Casa de Poesía Fernando Mejía* y en el auditorio de la Universidad Nacional contaron con la participación de escritores como Rossella Di Paolo, de Perú; José María Zonta, de Costa Rica; Humberto Ak'abal, de Guatemala; Eugenio Montejo, de Venezuela; y los colombianos Miguel Méndez Camacho, Rafael del Castillo, Dominga Palacio, Juan Carlos Acevedo, Andrea Talero, Mauricio Franco, Mario Armando Valencia, Jaime Jaramillo Escobar, Piedad Bonnett, Flobert Zapata, Antonio María Flórez, Conrado Alzate Valencia, Alberto Verón, María del Pilar Murillo, Juana María Echeverri, Luis José Badel, Alejandra Echeverri, Olga Lucía Estrada, Giovanni Quessep, Francisco Gómez Campillo, Philip Potdevin y Felipe García Quintero.

En el marco de dicho encuentro literario se realizó esta entrevista² a Eugenio Montejo (Caracas, 1938; Valencia, 2008). Dos décadas después *Escribanía* reproduce ese diálogo aún vigente con uno de los autores más importantes de la poesía venezolana, en momentos en los que se calcula que la presencia de venezolanos en Colombia se acerca al 1,5 millones de inmigrantes.

Montejo en Manizales

Sobre Eugenio Montejo los críticos literarios han dicho que en su obra reivindica para la poesía latinoamericana la abolición de las fronteras políticas; que su poesía se caracteriza por el espesor, la rica gama textual y la recreación naturalista y mítica; que además de la pasión constructiva y el casi perfecto control del desarrollo del poema -que excluye lo divagatorio y deshilvanado- es de los pocos poetas hispanoamericanos que tiene un sentido tan exigente

1 Comunicadora social y periodista de la Universidad de La Sabana, Abogada de la Universidad de Manizales, Magistra en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana, Especialista en Literatura colombiana de la Universidad Santo Tomás y en Derecho Administrativo y Derecho de las Telecomunicaciones de la Universidad del Rosario, estudiante del Doctorado en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Trabajó en *El Espectador*, Canal Capital y Unimedios de la Universidad Nacional. Premio Simón Bolívar de Periodismo en 1999 en la categoría *Mejor cubrimiento de una noticia*. Fue directora de comunicaciones de la Registraduría Nacional, el Ministerio de Vivienda y el Departamento Administrativo de la Función Pública. Actualmente dirige la Escuela de Comunicación de la Universidad de Manizales. Alfaguara-Random House publicó su primera novela titulada: *El oído miope*. Correo electrónico: avillegas@umanizales.edu.co

2 Una versión bastante resumida de esta entrevista fue publicada en *El Espectador* en la edición del jueves 15 de octubre de 1998.

de las formas verbales; que es un autor que con extraordinaria claridad ve la necesidad de integrar al poeta en la sociedad y de vincularlo con la vida... que es una de las voces más importantes de la poesía latinoamericana.

Montejo es un ser sencillo y amable, lleno de palabras diáfanas y comprensibles para cualquier interlocutor. Aunque a Manizales no había viajado, en Colombia se le recuerda por su participación como jurado en 1983 del premio de Poesía Universidad de Antioquia y en 1996 en el premio de poesía José Asunción Silva, que ganó José Emilio Pacheco. También estuvo en 1997 en el Festival de Poesía de Medellín y es amigo de poetas colombianos como María Mercedes Carranza, Alvaro Mutis, Elkin Restrepo, y Darío Jaramillo, entre otros.

Poeta, ensayista y crítico literario, el venezolano ha escrito los libros de poemas: *Elegos* (1967), *Muerte y memoria* (1972), *Algunas palabras* (1976), *Nostalgia de Bolívar* (1976), *Tejedor* (1978), *Trópico absoluto* (1982), *Alfabeto del mundo* (1986), *Adiós al siglo XX* (1992) y *El Azul de La Tierra* (1997). Es autor también de dos colecciones de ensayos: *La ventana oblicua* (1974) y *El taller blanco* (1983); así como de un volumen de escritura heteronímica: *El cuaderno de Blas Coll* (1981).

Viajero incansable, vivió dos años en Argentina, tres en París y cerca de siete años en Portugal. Sin embargo, dice que sus principales influencias, además del cine mudo ("por su velocidad, que es más rápida que la real") vienen dadas por la geografía del trópico y el habla local. Dentro de los poetas que escriben en castellano, destaca a Francisco de Quevedo, Fray Luis de León y al peruano César Vallejo.

"Hay poetas de otras lenguas que solo he leído en traducciones y que me han llamado mucho la atención, como por ejemplo Jules Supervielle, que nació en Uruguay pero escribe en francés, el sueco Gunnar Ekelöf, el checo Vladimír Holan y el rumano Lucian Blaga. Me interesan porque siempre he creído que un poeta puede leer a muchos otros, pero siempre encontrará algunos con los que tiene un universo afín, así escriban en lenguas distintas y vivan geografías diferentes. Es como la afinidad de sangre: Yo puedo tener un amigo que me acompaña en las buenas y en las malas, pero que no me puede donar sangre porque es de otro tipo, y en cambio, una persona que está mucho más lejana a mí sí comparte mi tipo de sangre. En la poesía es una sangre verbal, porque ellos intentan hacer lo que yo también quiero".

¿Qué significado tiene la poesía en esta época industrial? Los poemas son intentos de escritura que ayudan a otro hombre porque develan su identidad. En la poesía se busca una palabra que está diciendo su verdad. Usted no puede negarle al hombre el intento de hacer un poema porque ese poema es su verdad que está tratando de comunicar. El poema es una verdad afectiva en la que el hombre cree. Cuando yo estoy promocionando un producto y digo "tome esto" o "use este jabón" y usted lo compra, hay una especie de pacto secreto entre usted y yo porque usted sabe que yo le estoy mintiendo y yo sé que usted no me está creyendo. En la poesía ocurre lo contrario. La poesía siempre es una voz que pretende estar en el centro. Por eso ha rescatado el lugar que en otra época tuvo la oración y es la última religión que nos queda. Y hablo de religión no como pregón de iglesias sino como búsqueda

de la verdad. Por eso en este fin de siglo la poesía tiene cada día una audiencia mayor: los festivales de poesía como los de Europa o el de Medellín, están colmados de gente, en especial de jóvenes ¿Qué buscan? ¿Por qué van? Yo creo que asisten porque buscan palabras cercanas a la verdad, porque el lenguaje que nos rodea está muy devaluado.

¿Cuál es su visión de hombre de final de siglo? Estamos viviendo una época muy difícil. El Siglo XX ha sido uno de los más terribles de la historia porque por primera vez se ha puesto en peligro todo el orbe, con la energía atómica. Estamos atravesando un desfiladero, que es el desfiladero atómico. Por eso es un futuro peligroso el que se viene. Algunos pensadores dicen que esto será así hasta el Siglo XXII, cuando probablemente venga un siglo de gran espiritualidad, así que es un trecho bastante largo el que nos falta para llegar allá.

¿Usted hace poesía pensando en la necesidad que la sociedad tiene de esa poesía? Uno no escribe poesía ‘pensando en’. En la poesía no hay una predisposición porque uno no dice “voy a escribir sobre este tema”. Evidentemente cada autor está marcado por su geografía y en mi caso el trópico y las voces que me rodean son determinantes. También me marcan el habla y la entonación. Juan Ramón Jiménez decía: “Yo escribo como mi madre hablaba”. Las entonaciones, la voz materna, son fundamentales para entrar en un poema.

Usted orientará en Manizales un taller para poetas jóvenes. ¿Qué le recomienda a los nuevos escritores? Uno se forma en su lengua y por eso a todos los poetas jóvenes que apenas están comenzando les digo que hay que recorrer todo el río de nuestra lengua, que ya tiene 1000 años: Tenía 500 cuando vino Colón y lleva otros 500 enriqueciéndose. Hay que releer los clásicos, los romanceros... También son importantes los grandes poetas latinoamericanos y aprender a reconocer las diferencias de entonación y voz, con las de los poetas españoles. Otro consejo es el de aprender a reconocer cuando la voz viene de dentro hacia afuera y cuando va de afuera hacia adentro, porque ahí está la fuerza del texto: Si hoy viene un zapatero o un vendedor, que no es poeta, pero sufrió una tragedia y la quiere comunicar, ese hombre tendrá fuerza en la voz, así cometa errores gramaticales. El caso contrario es el del hombre muy culto, muy formado e inteligente, está tratando de decir algo de afuera hacia adentro, algo que no le ‘nace’, uno siente que las palabras suenan forzadas, que están por el aire y no en el centro.

¿Cómo escribe? Escribo de noche. Tengo una lámpara a la que en estos días pensé que tenía que ponerle nombre porque me ha acompañado durante muchísimo tiempo y por eso estoy tratando de escribir una cosa que se llama “El nombre de mi lámpara”, pensando en ella. Yo por la noche escribo cartas, hago apuntes y... si viene un poema, pues trabajo hasta tarde.

¿Los poemas ‘vienen’ cuando se sienta a escribir o los madura en su mente y después los escribe? Es difícil de explicar porque el momento en el que uno siente un poema no se deja verbalizar fácilmente. Lo primero que llega es una imagen, pero una imagen nebulosa. Un poeta francés decía que el primer verso lo dan los dioses y le toca al poeta trabajar por el resto. Esa imagen que me llega es como el temblor de un pescador que siente que ha picado el pez en la caña: tiene que apretar para que no se vaya. A veces viene un pez magnífico y se va, a veces cree que viene un pez enorme y desaparece y a veces logra pescar algo.

Amantes

(del libro "El Azul de la Tierra")

Se amaban. No estaban solos en la tierra;
tenían la noche, sus vísperas azules,
sus celajes.

Vivían uno en el otro, se palpaban
como dos pétalos no abiertos en el fondo
de alguna flor del aire.

Se amaban. No estaban solos a la orilla
De su primera noche.
Y era la tierra la que se amaba en ellos,
el oro nocturno de sus vueltas,
la galaxia.

Ya no tendrían dos muertes. No iban a separarse.
Desnudos, asombrados, sus cuerpos se tendían
como hileras de luces en un largo aeropuerto
donde algo iba a llegar desde muy lejos,
no demasiado tarde.